

CAPITULO LXXX.

CONTINUACION DE LA BIBLIOTECA. POESIA.

Habia llevado yo el joven Lisis, hijo de Apolodoro á casa de Euclides; y habiendo entrado en una pieza de la biblioteca, que solamente contenia obras de poesia y de moral, las primeras muy numerosas, y las segundas muy poco, manifestó Lisis asombro de esta desproporcion, y Euclides le dijo: pocos libros se necesitan para instruir al hombre, y muchos para divertirle. Nuestros deberes son limitados: los placeres del espíritu y del corazon no podrian serlo: la imaginacion que sirve para alimentarlos, es tan liberal como fecunda, mientras que la razon

pobre y esteril no nos comunica sino las débiles luces que necesitamos; y como nosotros obramos mas conforme á nuestras sensaciones que á nuestras reflexiones, los talentos de la imaginacion tendrán siempre mas atractivo para nosotros, que los consejos de la razon su rival.

Esta facultad amena no atiende tanto á lo real, como á lo posible que es menos extenso; y á veces prefiere á lo posible ciertas ficciones á que no pueden señalarse limites. Su voz puebla los desiertos, anima los seres mas insensibles, traslada de un objeto á otro las calidades y colores que los distinguen; y usando de una sucesion de metamorfosis nos lleva á la morada de los encantos, á aquel mundo ideal, donde los poetas, olvidándose de la tierra y aun de sí mismos, no conversan sino con inteligencias de orden superior.

Allí es donde cogen sus versos en el jardin de las Musas; donde los apacibles arroyos llevan para ellos corrientes de leche y miel; donde Apolo baja del cielo á darles su lira, y donde apagando de repente un soplo divino su razon, los hace caer en las convulsiones del delirio, y les obliga á hablar en el lenguaje de los dioses, cuyos órganos son solamente.

Bien veis, añadió Euclides, que me valgo de las palabras de Platon, quien solia hacer mofa de aquellos poetas que se lamentaban con tanta

frialdad del fuego que los consume interiormente; bien que los hay entre ellos, que en efecto son arrebatados por aquel entusiasmo, que se llama inspiracion divina, furor poético. Esquiles, Pindaro, y todos los grandes poetas nuestros lo sentian, pues domina todavia en sus escritos. ¿Mas qué digo? Demóstenes en la tribuna, y los particulares en la sociedad, nos lo hacen ver todos los dias. Si vos mismo teneis que pintar los arrebatos ó las desgracias de una pasion de las que, llegadas á su colmo, no dejan ya al alma sentimiento alguno libre, no saldrán de vuestra boca y de vuestros ojos mas que rasgos inflamados, y vuestros frecuentes extravíos se tendrán por excesos de furor ó de locura; siendo así que no haceis mas que ceder á la voz de la naturaleza.

Este calor que debe animar todas las producciones del ingenio, se desenvuelve en la poesía con mas ó menos intension, segun la materia exige mas ó menos movimiento, segun el autor posee mas ó menos aquel talento sublime que se acomoda fácilmente á los caracteres de las pasiones, ó aquel sentimiento profundo que se enciende repentinamente en su corazon, y se comunica rápidamente á los demas. No siempre se reunen estas dos calidades. Yo he conocido un poeta de Siracusa, que nunca hacia mejores versos, que cuando un entusiasmo violento le hacia salir de sí.

Entonces hizo Lisis algunas preguntas de las cuales se juzgará por las respuestas de Euclides. La poesía, nos dijo este último, tiene su paso y su lenguaje particular. En la epopeya y en la tragedia imita una accion grande, cuyas partes todas enlaza á su arbitrio, alterando los hechos conocidos, y añadiendo otros que aumentan el interes realzándolos, ya por medio de los accidentes maravillosos, ya por los encantos variados de la diction, ó por la hermosura de la sentencia y de los afectos. Muchas veces la fábula, es decir, la manera de disponer la accion, cuesta mas y hace mas honor al poeta, que la misma composicion de los versos.

Los demas géneros de poesía no exigen de suyo una construccion tan trabajosa; pero siempre debe manifestar una especie de invencion; dar, con nuevas ficciones, un aire de vida á cuanto toca; penetrarnos con su llama, y no olvidarse jamas de que segun Simónides, la poesía es una pintura que habla, así como la pintura es una poesía muda.

De aquí se sigue que el verso solo no constituye el poeta. La historia de Heródoto puesta en verso, no seria mas que una historia, pues no habria en ella ni fábula ni ficciones. Se sigue tambien que no deben ser contadas entre las producciones poéticas las sentencias de Teognis, de Focilides, etc., ni aun los sistemas de Par-

ménides y de Empédocles sobre la naturaleza, aunque estos dos últimos autores hayan insertado en sus obras descripciones amenas ó alegorías ingeniosas.

He dicho que la poesía tiene su language particular. En la reparticion que se ha hecho entre ella y la prosa, se convino en que la poesía no se habia de presentar sino con un adorno muy rico, ó á lo menos muy elegante; y se han puesto á su disposicion todos los colores de la naturaleza, con la obligacion de usar siempre de ellos, y con la esperanza del perdon si abusaba algunas veces.

Ha reunido á su dominio muchas palabras prohibidas á la prosa, y otras que alarga ó acorta, sea añadiendo, sea quitando una letra ó una sílaba. Tiene el poder de hacerlas nuevas y el privilegio casi exclusivo de emplear las que no están en uso, ó lo están solamente en un pais extrangero: de identificar muchas en una, de ponerlas en un nuevo orden, y de tomarse siempre licencias que distinguen la elocucion poética del language ordinario.

LA EPOPEYA.

Las facilidades concedidas al genio se extienden á todos los instrumentos que favorecen sus

operaciones. De aquí nacen esas numerosas formas que los versos han recibido de sus manos, todas las cuales tienen un caracter indicado por la naturaleza. El verso heroico marcha con una gravedad magestuosa, y se le destina á la epopeya: el yámbico se halla muy á menudo en la conversacion, y le usa con utilidad la poesía dramática. Otras formas se acomodan mejor á los cantos acompañados con baile*: se han aplicado sin violencia á las odas y á los himnos. De este modo han multiplicado los poetas los modos de agradar.

Dicho esto nos enseñó Euclides las obras que se publicaron en diferentes tiempos bajo los nombres de Orfeo, Museo, Támiris, Lino, Antes, Panfo, Olen, Abaris, Epiménides, etc. Unas no contienen mas que cánticos sagrados ó lamentaciones, otras tratan de los sacrificios, oráculos, expiaciones, y encantamientos. En algunas y principalmente en el *Ciclo épico*, que es una coleccion de tradiciones fabulosas, donde los autores trágicos han bebido muy comunmente los asuntos de sus piezas, están descritas las genealogías de los dioses, el combate de los Titanes, la expedicion de los Argonautas, las guerras de Tebas y de Troya. Estos fueron los

* Véase el cap. xxvii de esta obra sobre las diversas formas de los versos griegos.

principales asuntos que por muchos siglos ocurrieron á los literatos. Como la mayor parte de estas obras no son de los autores cuyo nombre llevan *, no había cuidado Euclides de colocarlos en orden.

Seguíanse despues las de Hesiodo y Homero. Este último estaba escoltado de un cuerpo respetable de intérpretes y comentadores. Había yo leído con fastidio las explicaciones de Estesimbrotos y de Glaucon; y me había reido del trabajo que se había tomado Metrodoro de Lámpsaco para descubrir una alegoría continua en la *Iliada* y en la *Odisea*.

Muchos poetas, imitando á Homero, intentaron cantar la guerra de Troya: tales fueron, entre otros, Arctino, Estesicoro, Sácadás, y Lesques, el cual empieza su obra con estas palabras enfáticas: *yo canto la fortuna de Priamo y la guerra famosa...* El mismo Lesques en su *pequeña Iliada*, y Diceógenes en sus *Cipriacos* describieron

* En la época que yo he elegido, corrían por la Grecia himnos y otros poemas que se atribuían á poetas antiquísimos; las personas instruidas conocían tanto la suposición, que Aristóteles dudaba hasta de la existencia de Orfeo. Mas adelante se pusieron los nombres mas célebres al frente de muchos escritos cuyos autores verdaderos se ignoraban. Tales son algunos tratados que se hallan hoy en las ediciones de Platon y Aristóteles. Yo los he citado algunas veces con sus nombres, para abreviar, y porque están insertos en sus obras.

todos los sucesos de esta guerra. Los poemas de la *Heracleida*, y de la *Teseida* no omiten hazaña alguna de Hércules y de Teseo. Nunca conocieron estos autores la naturaleza de la epopeya; estaban puestos en seguida á Homero, y se perdían entre sus rayos como las estrellas se pierden en los del sol.

PIEZAS TEATRALES.

Había procurado Euclides reunir todas las tragedias, comedias y sátiras, que de doscientos años atrás se habían representado en los teatros de la Grecia y de Sicilia. Tenía cerca de tres mil *, y su colección no era completa. ¡Qué idea

* Digo que eran cerca de tres mil las piezas teatrales, siguiendo en esto los testimonios de Suidas, Ateneo, y otros autores recopilados por Fabricio. No merecen los cálculos de estos escritores la misma confianza en cada artículo en particular; pero es preciso observar que citaron muchos autores dramáticos que vivieron antes del joven Anacarsis, ó en su tiempo, sin especificar el número de piezas que habían compuesto. Si hay exageración por una parte, hay omisión por otra, y el resultado no podía diferenciarse del que yo he dado. Acaso subiría al triplo ó cuádruplo, si en lugar de detenerme en una época fija, hubiera seguido toda la historia del teatro griego: porque en los pocos monumentos que sirven para ilustrarla, se hace mención de casi trescientos cincuenta poetas que compusieron tragedias y comedias.

No tenemos completas mas que siete piezas de Esquiles, siete

tan alta no daba de la literatura de los Griegos , y de la fecundidad de su ingenio! Contaba yo muchas veces mas de cien piezas de una misma mano. Entre las singularidades que Euclides no hacia notar , nos mostró el *Hipocentauro*, tragedia en que habia introducido Queremon no mu-

de Sófocles, diez y nueve de Eurípides, once de Aristófanes , en todo cuarenta y cuatro. Se puede añadir á estas las diez y nueve piezas de Plauto, y las seis de Terencio, que son copias ó imitaciones de las comedias griegas.

El tiempo no ha perdonado ningun ramo de la literatura griega; libros de historia, obras relativas á las ciencias exactas, sistemas de filosofía, tratados de política, de moral, de medicina, etc., casi todo ha perecido; los libros de los Romanos han tenido igual suerte: los de los Egipcios, de los Fenicios y de otras muchas naciones ilustradas han quedado sumergidos en un naufragio casi universal.

Tan dificilmente se multiplicaban en otro tiempo las copias de una obra: era preciso ser tan rico para formarse una pequeña biblioteca, que era muy difícil que las luces de un país llegasen á otro, y aun mas el que se perpetuasen en un mismo lugar. Esta consideracion deberia hacernos muy circunspectos en cuanto á los conocimientos que damos ó quitamos á los antiguos.

El defecto de medios que los extraviaba á menudo en sus investigaciones, no detiene á los modernos. La imprenta, este fruto precioso de la casualidad, este descubrimiento quizá el mas importante de todos, pone y fija en el comercio las ideas de todos los tiempos y de todos los pueblos. Jamas permitirá que se apaguen las luces, y quizá las elevará á tal punto, que superarán á las nuestras, cuanto estas parecen superar á las de los antiguos. Seria materia muy digna de tratarse, la influencia que ha tenido hasta hoy la imprenta sobre el entendimiento, y la que tendrá en adelante.

cho tiempo antes, contra el uso recibido, todas las especies de versos; novedad que no logró aceptación.

Los mimos no fueron en su origen mas que farsas obscenas ó satíricas, que se representaban en el teatro. Su nombre se ha transmitido despues á los pequeños poemas que presentaban á los ojos del lector aventuras particulares. Se acercan á la comedia por su objeto, se diferencian por la falta de enredo, y algunas por una licencia extremada. Los hay, en que reina un chiste exquisito y decente. Entre los mimos que habia reunido Euclides, hallé los de Xenarco y los de Sofron de Siracusa: estos últimos eran las delicias de Platon, que habiéndolos recibido de Sicilia, los dió á conocer á los Atenienses. El dia de su muerte se hallaron bajo la cabecera de su cama *.

I. A ELEGIA.

Antes del descubrimiento del arte dramático, nos dijo tambien Euclides, los poetas á quienes habia concedido la naturaleza un alma sensible, y negádoles el talento de la epopeya, trazaban unas veces en sus pinturas los desastres de una

* Se puede presumir que algunos de los poemas llamados mimos, eran del gusto de las fábulas de Lafontaine.

nacion , ó las desgracias de un personage de la antigüedad; otras lloraban la muerte de un pariente ó de un amigo , y aliviaban su dolor entregándose á él. Sus cantos lastimeros casi siempre acompañados con la flauta, fueron conocidos con el nombre de elegias ó lamentaciones.

Este género de poesia camina con paso regularmente irregular , quiero decir , que los versos de seis pies, y los de cinco se suceden alternativamente. El estilo debe ser sencillo , porque un corazon verdaderamente agitado no hace alarde de esmerarse; es preciso que las expresiones sean algunas veces ardientes como la ceniza que encubre un fuego devorador; pero que en la relacion no haya imprecaciones y desesperacion. No hay cosa mas interesante que la extrema dulzura junta con el extremo sufrimiento. Si quereis el modelo de una elegia tan corta como tierna , la hallareis en Euripides. Transportada Andrómaca á Grecia , se arroja á los pies de la estatua de Tetis , de la madre de Aquiles : no se queja de este heroe; pero á la memoria del dia fatal en que vió á Hector arrastrado en torno de los muros de Troya , se llenan sus ojos de lágrimas , acusa á Helena de todas sus desgracias , y recuerda todas las crueldades que Hermione le ha hecho padecer ; y despues de haber pronunciado segunda vez el nombre de su esposo , deja correr las lágrimas con mayor abundancia.

La elegia puede aliviar nuestros males cuando somos infelices , y debe inspirarnos ánimo cuando estamos próximos á serlo. Entonces toma un tono mas vigoroso , y , empleando las imágenes mas fuertes , nos hace avergonzar de nuestra debilidad , y envidiar las lágrimas derramadas en los funerales de un heroe muerto en servicio de la patria.

De este modo vivificó Tirteo el apagado ardor de los Esparciatas , y Calino el de los habitantes de Efeso. Ved aquí sus elegias , y ved aquí tambien la obra que se llama la *Salamina* que compuso Solon para empeñar á los Atenienses á volver á tomar la isla de este nombre.

Cansada por fin de lamentarse de las calamidades demasiado reales de la humanidad , se encargó la elegia de expresar los tormentos del amor. Muchos poetas le dieron un lustre que resalta sobre sus amigas. Los encantos de Nanno fueron celebrados por Mimnermo de Colofon , que ocupa un lugar distinguido entre nuestros poetas : los de Batis lo son todos los dias por Filetas de Cos , que joven todavía , se ha grangeado una justa reputacion. Se dice que su cuerpo es tan delgado y tan debil , que para sostenerse contra la violencia del viento , tiene que ponerse en el calzado unas soletas de plomo ó globos del mismo metal. Los habitantes de Cos , orgullosos con sus progresos felices , le han erigi-

do una estatua de bronce debajo de un plátano.

Eché la mano á un tomo intitulado *la Lidiana*, y Euclides me dijo: esa obra es de Antimaco de Colofon, que vivia en el siglo último; y es el mismo que nos dió el poema tan conocido de la *Tebaida*. Ciego de amor por la hermosa Criseis, fué en su compañía á Lidia de donde era natural, y allí murió ella entre sus brazos. Vuelto á su patria no halló otro remedio á su afliccion, que derramarla en sus escritos, y dar á esta elegia el nombre que tiene.

He visto su *Tebaida*, le dije; y aunque la disposicion no sea la mejor, y se hallen de cuando en cuando versos de Homero copiados á la letra, convengo en que el autor merece elogios por muchos títulos. Sin embargo la hinchazon, la fuerza, y si me atrevo á decirlo así, la sequedad del estilo, me hacen presumir que no tenia ni bastante amenidad en el ingenio, ni bastante sensibilidad en el corazón para interesarnos en la muerte de Criseis. Voy á salir de la duda. Leí en efecto la *Lidiana*, mientras Euclides enseñaba á Lisis las elegias de Arquiloco, Simónides Clonas, Ion, etc. Concluida mi lectura, dije en efecto no me habia engañado: Antimaco ha dado pompa á su dolor. Sin echar de ver que está ya consolado quien quiere consolarse con ejemplos, compara sus males con los de los antiguos heroes de la Grecia, y pinta largamente

los penosos trabajos que sufrieron los Argonautas en su expedicion.

Arquiloco, dijo Lisis, creyó hallar en el vino una salida mas feliz á sus penas. Acababa de ahogarse su cuñado en el mar, y en una pieza poética que estaba componiendo entonces, despues de haber lamentado su pérdida, se apresura á calmar su dolor. Por que en fin, dice, nuestras lágrimas no le han de restituir la vida; nuestros juegos y placeres nada añadirán á los rigores de su suerte.

Euclides nos hizo observar que la mezcla de versos de seis pies con los de cinco era antiguamente propia de la elegia rigurosamente, y que despues se habia aplicado á diferentes especies de poesia. Mientras nos citaba ejemplos, recibió un libro que estaba esperando tiempo hacia, y era la *Iliada* en versos elegiacos, es decir, que despues de cada verso de Homero no se habia avergonzado el autor de añadir un verso suyo mas corto. Este autor se llama Pigres, y era hermano de la difunta reina de Caria, Artemisa, muger de Mausolo, lo cual no le ha impedido de dar á luz una obra la mas extravagante y mas mala que quizá ha habido.

Habia muchos estantes llenos de himnos en honor de los dioses, de odas á los vencedores en los juegos de la Grecia, de églogas, de canciones, y de muchas piezas volanderas.